

la cristiandad; pero los vicarios de Cristo están por encima de estas vulgares preocupaciones. El hermano de Bayaceto había buscado un asilo entre los caballeros de Rodas. Inocencio rogó con grandes instancias al gran maestro que se le entregara, y á este fin dijo que si le tuviera en su poder, llevaría á cabo grandes cosas en pro de la religión cristiana y la gloria de Dios. El gran maestro se dejó seducir por un capelo, y entregó el desgraciado príncipe al papa; entonces se entabló una negociación infame entre el sucesor de San Pedro y el sucesor de Mahoma: ¡el papa se comprometió con el sultán á retener á su hermano prisionero mediante una suma de 80.000 ducados! (1).

Como se ve, Alejandro VI no es una monstruosa excepción; es más bien la expresión de las costumbres pontificias de su tiempo; esto explica cómo los cardenales han podido vender la santa sede á un hombre que tenía ya cinco hijos ilegítimos. Hemos prometido decir toda la verdad desnuda; pero nos vemos obligados á faltar á nuestra promesa: ¡la historia no se atreve á referir lo que un vicario de Cristo osó hacer! Dejemos á un lado la infamia de los Borgias, y atengámonos á lo menos criminal de Alejandro VI, el amor por sus hijos, de los cuales á uno hizo príncipe, y al otro, apenas púbero, cardenal; en cuanto á su hija, la famosa Lucrecia, había casado con un noble napolitano; pero esta alianza no pareció bastante elevada á Borgia luego que llegó á papa, y la rompió, casándola después con un bastardo de los Sforza, del cual la divorció después para unirle con un bastardo del rey de Nápoles. Para atender á estos placeres y al establecimiento de su familia lo vendía todo: las dignidades, los honores, los matrimonios y los divorcios; no bastando esto, envenenó á los cardenales más ricos y dió sus bienes á sus hijos; el veneno fué todavía el arma del papa en la lucha que su hijo César Borgia sostuvo contra los barones romanos: los que no murieron á manos del hijo perecieron á las del padre.

Alejandro VI no tuvo más objeto durante su vida que el engrandecimiento de sus queridos bastardos. En rigor se comprende la política pontificia mientras existe la lucha entre los príncipes cristianos; pero hacia medio siglo que los papas

no cesaban de lanzar bula sobre bula para armar á la cristiandad contra los vencedores de Constantinopla; esta era una cuestión de vida ó muerte para el cristianismo, al menos en el concepto de los contemporáneos, que se creían todos los días en la víspera de ser reducidos á esclavitud por los sectarios de Mahoma. Inocencio VIII había hecho ya traición á los intereses del mundo cristiano, con gran escándalo de los príncipes que luchaban armados en mano contra los Turcos. Alejandro VI fué mejor todavía; envió embajadores al sultán para contraer con él una alianza contra Francia, en el momento en que Carlos VIII se preparaba para una guerra contra los infieles. ¡Por la respuesta de Bayaceto, se ve que el jefe de los creyentes hacia cardenales! Propuso sin ambages al papa que matase á su hermano Dschem, prometiéndole por este crimen una suma enorme y su amistad: ¡este sangriento tratado se llevó á cabo! Por consiguiente, los contemporáneos no han calumniado á Alejandro VI comparándole con Nerón y con Calígula (1). Aquel monstruo que ceñía la tiara haría dudar de Dios, si no se revelara su mano vengadora en los excesos mismos de los que se atrevían á llamarse sus órganos; el pontificado abría su sepultura, de la misma manera que los emperadores monstruos de la Roma imperial celebraban entre orgías y sangre los funerales del mundo antiguo.

El castigo siguió de cerca al crimen. En su ceguera, los escritores católicos lo atribuyen á las malas pasiones de Lutero, á su orgullo é impudicia, para explicar la Reforma; no sabemos qué hemos de admirar más en los defensores del catolicismo, si la estrechez de su espíritu ó su audacia. ¡Atreverse á hablar de orgullo é impureza después de los papas del siglo XV! ¡Acusar al monje sajón de inmoralidad porque arrostra las preocupaciones de la Iglesia para contraer los santos vínculos del matrimonio! Que abran los escritos de los contemporáneos, y allí encontrarán cuáles son las causas que han producido el odio al pontificado: son las costumbres de la corte pontificia, dice Erasmo (2). Aparte de los excesos y crímenes de los papas, el pontificado mismo estaba viciado en su esencia:

(1) Es inútil citar testimonios acerca de los hechos de Alejandro VI; todavía no ha encontrado apologetas, pero no se debe desespérer de nada.

(2) «Odiu romaní nominis penitus infixum esse in totum gentium animis, opinor ob ea que vulgo de moribus ejus urbis jactantur.» ERASMO, *Epist.* XII, p. 634.

(1) Véanse los testimonios en GIBSELER, *Kirchengeschichte*, tomo II, 4, § 184, nota 9.

poder esencialmente religioso, llegó á ser poder político; no teniendo nada más que hacer en favor de la humanidad espiritual, ocupóse de sus intereses temporales: «Entregados únicamente á las grandezas de la tierra, los papas, dice un historiador italiano, no se sirvieron de la autoridad espiritual más que como de un medio para extender sus Estados, y la cátedra de San Pedro parecía ocupada más bien por reyes que por pontífices... No se pensó más en perpetuar la majestad y la dignidad del pontificado; cada papa no pensaba en otra cosa que en procurar á sus hijos, sobrinos y parientes, una fortuna opulenta, principados y reinos... La religión, la santidad y la caridad no ocuparon ya á los primeros pastores, que, no respirando más que guerra y tumulto, se atrevieron á ofrecer el sacrificio de la paz con manos manchadas de sangre... Todo su cuidado consistió en fabricar artificiosas invenciones para acumular tesoros, sin avergonzarse de poner las gracias y las armas espirituales al servicio de su insaciable avaricia, ni de traficar con las cosas sagradas tan descaradamente como con las profanas. Las riquezas acumuladas en su corte introdujeron consiguientemente el fausto, el lujo, la corrupción de las costumbres y abominables desórdenes.» *Guicciardini*, de quien tomamos esta apreciación del pontificado, termina diciendo que la conducta de los papas ha apagado casi del todo el respeto de sus personas, y que no conservan algún crédito más que en relación de su poder político (1). Desde entonces, los sucesores de San Pedro han perdido toda influencia en los negocios temporales; y si no está desprestigiada su autoridad, es por la sencilla razón de que el mundo ignora que hay papas, y el pontificado no es más que una vana sombra.

#### § IV.—Conclusión.

Hemos celebrado el pontificado de la Edad Media como el instrumento del cual se sirvió la Providencia para la educación del pueblo germano; hemos aplaudido las victorias que los Gregorio VII y los Inocencio III consiguieron sobre el imperio, aplaudiendo también la caída de la monarquía pontificia: ¿son por esto contradictorios estos juicios? ¿Tienen algo de fatalismo? ¿Es esto acaso la justificación de la fuerza?

(1) GUICCIARDINI, *Hist. de Italia*, lib. IV, c. v.

En apariencia, es flagrante la contradicción: ¿cuál fué la obra de Gregorio VII? ¿Cuál el fin que persiguió y que realizó dentro de los límites de la imperfección humana? Fundó el poder espiritual de los papas, imponiendo el celibato al clero, rompiendo las cadenas que sujetaban la Iglesia al feudalismo. El poder espiritual implica el poder temporal; es decir, que los papas son los soberanos de la cristiandad, los señores del mundo; de hecho, los papas deponen á los emperadores y dominan á los reyes: hé aquí la obra de Gregorio VII; ahora bien, ¿por qué perece el pontificado? Por ese mismo poder temporal que le infesta con los vicios de la sociedad laica, por esa dominación que corrompe el poder espiritual y que subleva á las naciones y á los libre-pensadores. Cuando el pontificado cae, se le acusa de una usurpación secular; y hay realmente usurpación, porque la soberanía que ha reivindicado y ejercido pertenece á los pueblos; pero si hay usurpación, ¿no debemos condenarla en su principio, condenar á Gregorio VII más bien que á Bonifacio VIII? Exaltar al uno y condenar al otro, ¿no es celebrar al fuerte que triunfa y acusar al débil que sucumbe? ¿No es esto fatalismo?

Hay más. ¿Por qué rompió Gregorio VII los lazos que encadenaban el clero á la sociedad? El gran papa quería arrancar al clero de la corrupción que le minaba, y quería destruir en su raíz la simonía que envilecía la Iglesia, á fin de realizar el ideal del Evangelio y de que los clérigos fuesen realmente los elegidos del Señor, los hombres del espíritu llamados á refrenar y moralizar á los hombres de la carne; sin embargo, apenas constituida la monarquía universal, ya se elevan quejas contra la avaricia, la venalidad y la simonía de la corte de Roma. En el siglo XV, un inmenso murmullo de reprobación condenó las costumbres de los clérigos; la cristiandad pidió la reforma de la Iglesia en sus miembros y en su jefe; y cuando el papa permaneció sordo á aquellas justas exigencias, estalló una revolución religiosa que desgarró la unidad religiosa, destruyó el pontificado en su esencia y amenazó al propio cristianismo. Repetimos una vez más: en lugar de exaltar á Gregorio VII y su obra, ¿no hubiéramos debido condenarla, porque conduce lógica y fatalmente á todos los abusos que dieron ocasión á que los pueblos se sublevaran contra la Iglesia? Alabar al pontificado en el siglo XI y censurarle en el XV, ¿no equivale



á bendecir y maldecir la misma institución, según los accidentes de su grandeza ó su decadencia?

No, no hay en nuestra apreciación del pontificado ni contradicción ni fatalismo; solamente los que no han profundizado las leyes de la naturaleza humana se admirarán de los juicios contradictorios que emite la historia sobre una misma institución; la contradicción no está en el historiador, está en los hechos, porque los acontecimientos son el hecho de la libertad humana, y todo lo que atañe al hombre está siempre viciado de su imperfección. La contradicción está en las instituciones, en el sentido de ser el producto del estado social en una época dada; porque si la institución se inmoviliza mientras que la sociedad avanza, es seguro que de saludable y bienhechora se convierte en obstáculo al bien, y hasta llega á ser un mal. La contradicción existe hasta en la historia, en el sentido de que Dios se sirve de las pasiones y errores del hombre para el bien del género humano. Un mismo hecho puede ser, pues, un mal bajo el punto de vista del hombre y su responsabilidad, y un bien con respecto á Dios y al gobierno providencial de la humanidad.

Tomemos la historia de un gran acontecimiento sobre el cual estén menos divididas las opiniones que sobre el pontificado, porque no se refiera á intereses actuales ni jueguen pasiones religiosas; el imperio romano es, puede decirse, la época más triste y más monstruosa en la vida de la humanidad; sin embargo, los Padres de la Iglesia la celebran, y nosotros la hemos celebrado como ellos; después, cuando cayó bajo el golpe de los Bárbaros, los Padres de la Iglesia han aplaudido la caída del mundo antiguo, y nosotros también la hemos aplaudido. Hé aquí una contradicción flagrante: ¿se atreverían nuestros adversarios, los católicos, á censurarnos por esta apreciación? La censura recaería sobre ellos mismos, puesto que nosotros no hemos hecho más que seguir la opinión de aquellos que la Iglesia venera como sus Padres. En realidad no hay fatalismo ni contradicción. El imperio romano era una tentativa de monarquía universal; como tal la reprobamos, porque la monarquía universal sería la tumba de la humanidad, y saludamos á los Bárbaros como los salvadores del género humano. ¿Quiere esto decir que los autores cristianos se hayan equivocado viendo la mano de Dios en el establecimiento del imperio?

Bajo el punto de vista político, puede justificarse el imperio, porque era el único medio de poner fin á la anarquía de la república y contener la disolución del mundo antiguo; bajo el punto de vista religioso, es igualmente cierto que, sin el imperio, no se hubiera podido propagar el cristianismo con bastante rapidez para poder resistir á la invasión de los Bárbaros; aun aprovechándose de la unidad romana, hubiera necesitado el Evangelio cinco siglos para arraigar en todo el imperio; sin la unidad romana, no se hubiera propagado ni consolidado, y en lugar de ser fuerte y capaz de civilizar los pueblos del Norte, habría sucumbido, y con el cristianismo hubiera perecido toda esperanza. El imperio ha tenido, pues, su misión, y se le puede glorificar; sin embargo, encierra en su origen los gérmenes de los vicios que le han arrastrado á su caída; como monarquía universal, salvó el porvenir de la humanidad, y también como tal fué como debía parecer. La historia celebra la grandeza del imperio romano, celebra también su ruina, y está siempre en la verdad, á pesar de la apariencia de contradicción y fatalismo. Cuando el historiador bendice la mano de la Providencia no bendice por esto los crímenes de los emperadores monstruos ni niega la libertad y la responsabilidad humanas; tan lejos está de negarlas, que proclama que la caída de la antigüedad es un gran juicio de Dios.

Lo que decimos del imperio romano lo decimos del pontificado. Los que admiten que ha sido el cristianismo el instrumento de la civilización moderna, deben también reconocer la legitimidad, ó, mejor dicho, la necesidad del Pontificado; porque en el siglo XI hubiera perecido el cristianismo y con él la civilización sin la heroica reacción de Gregorio VII. ¿Cómo salvó Gregorio VII el cristianismo? Concentrando todas las fuerzas de la Iglesia en una poderosa unidad; para dar un fundamento inquebrantable á la unidad cristiana, la apoyó en una palabra del Hijo de Dios: el pontificado es de derecho divino; el papa es el vicario de Dios, y tiene poder sobre todos los fieles, sobre los reyes y los emperadores como sobre el último siervo. Armado de su poder espiritual y de su derecho divino, el pontificado es realmente soberano; los más soberbios emperadores se doblegaron ante el sucesor de San Pedro, ante aquel que únicamente tiene el poder de abrir las puertas del cielo. La monarquía pontificia era necesaria y legítima; la his-

toria, cuando se despoja de las pasiones anticatólicas, debe reconocer que, gracias al pontificado, es como el cristianismo ha llevado á cabo la educación de las razas bárbaras, hasta donde alcanza la imperfección humana; sin embargo, la monarquía pontificia estaba viciada en su esencia tanto como el imperio romano, y era más peligrosa aún, porque comprometía, no solamente la independencia de las naciones, sino también la libertad del espíritu humano; de aquí una inevitable reacción del imperio primero y después de las naciones contra el pontificado; por otra parte, la reacción de las herejías contra la Iglesia dominante, y, por último, en el seno mismo de la Iglesia una reacción contra los excesos del poder espiritual de los papas. El pontificado sucumbe bajo estos ataques; es decir, que perece por los vicios inherentes á una monarquía universal, espiritual y temporal juntamente. ¿Nos equivocamos aplaudiendo su caída? Entonces la historia también yerra al aplaudir la caída del imperio romano.

Muchos espíritus, obedeciendo sin saberlo á la influencia de las luchas y pasiones del presente, nos echarán más bien en cara que no hayamos combatido la monarquía pontificia desde su origen; les responderemos con el ejemplo del imperio romano; si la monarquía universal de Roma ha tenido una misión providencial, á pesar de los peligros con que amenazaba á la humanidad y de los crímenes de los emperadores monstruos, no puede disputarse que la monarquía pontificia haya tenido igualmente su misión; hay hasta un lazo entre las dos monarquías: Roma pagana preparó el terreno al cristianismo; Roma cristiana le propagó y le consolidó en el seno de los pueblos germánicos; pero la misión del imperio romano era temporal, y tan luego como se llenó, la historia puede y debe aplaudir su caída. La misión de los papas era igualmente temporal, y tan pronto como se llenó no tiene ya razón de ser: esto es lo que sucede al principio de la era moderna. El pontificado de la Edad Media era realmente un poder espiritual, porque la Iglesia poseía la superioridad moral é intelectual sobre la sociedad feudal; en el siglo XV, el clero se compone de gente ignorante, se revuelca en el fango de la corrupción, y, por consiguiente, abdica. La sociedad laica, más ilustrada y más moral, dirigirá por sí misma sus destinos. Decrecimiento del poder de la Iglesia, marcha ascendente

de la soberanía civil, tal es la ley de la era que se inaugura con la revolución religiosa del siglo XVI.

¡Locura! se dirá; el pontificado existe todavía y sin el menor deseo de abdicar, á lo cual responderemos que también vivieron los sacerdotes del paganismo muchos siglos después que la filosofía hubo negado sus dioses, y vivieron hasta venerados por hombres de inteligencia algunos siglos después de Jesucristo, hasta el punto que un emperador de genio creyó poder restaurar el culto pagano; era una institución que sobrevivía á las ideas que la habían dado nacimiento, lo cual prueba que el hecho no tiene ninguna autoridad en esta materia, y que, como las ideas son las que gobiernan al mundo, cuando éstas cambian, tienen que derrumbarse las instituciones del pasado, quedando reducido á una cuestión puramente de tiempo; pues bien, las ideas que han producido el pontificado y le han sostenido contra los ataques de los emperadores se han modificado de tal manera, que el pontificado, que en la Edad Media era una necesidad para el cristianismo, ha llegado á ser hoy para la religión un obstáculo y un verdadero peligro. El pontificado es la encarnación del espíritu de dominación, sobre cuyo punto no puede haber duda para el que haya seguido el desenvolvimiento de esta institución á que nos referimos; ahora bien, lo que más irrita á los hombres contra el catolicismo es su ambición y la pretensión de dominar la sociedad civil; nuestras constituciones proclaman soberanas á las naciones, al mismo tiempo que garantizan la libertad del pensamiento en todas sus manifestaciones: estos principios, que son el contrapeso de las doctrinas católicas, están arraigados en las almas; de aquí una oposición instintiva contra las invasiones de la Iglesia. La sociedad laica no quiere ser ya dominada en nombre de la religión, mientras la Iglesia está fatalmente impulsada á reivindicar la dominación directa é indirecta de la sociedad civil: la lucha es una lucha á muerte; solamente la Iglesia puede hacerse ilusiones respecto del resultado; los pueblos abandonarán el cristianismo antes que abdicar de la soberanía y de la libertad del pensamiento; si en la misma Edad Media no quisieron las naciones soportar la tiranía intelectual y política de Roma, ¿puede imaginarse que, después de adquirir plena conciencia de sus derechos, quieran abdicar á los pies de un hombre que se dice vicario de Dios?



Sin embargo, la Iglesia, con el pontificado á su cabeza, reúne todas sus fuerzas para recobrar el imperio que ha perdido; obedece á su genio concentrándose en una poderosa unidad; cállanse las divergencias y disidencias, y hasta los orgullosos galicanos consienten en doblegarse ante el sucesor de San Pedro; esta recrudescencia exalta las pasiones de los hombres del pasado, sin apercibirse de que hoy constituye el mayor peligro para la religión cristiana; apenas se siente fuerte la Iglesia por la unidad de sus esfuerzos, cuando vuelve á sus antiguas pretensiones; según el lenguaje de sus más ardientes partidarios, parece que hemos vuelto á la Edad Media. ¡Ilusiones de un poder que se acaba! Tan pronto como se muestra al descubierto la ambición del clero, estalla una formidable reacción contra la dominación clerical, y

esta reacción amenaza hasta el cristianismo; porque al apercibirse los hombres de que puede confundirse con la tiranía intelectual, empiezan á detestar la religión de Cristo; para la Iglesia está el peligro allí donde cree que está su fuerza; si hay salvación posible para ella, no tiene más que un medio de salvarse; repudiar francamente las doctrinas del pasado; pero para esto sería preciso romper con el cristianismo tradicional, abdicar del orgullo del poder temporal, y reconocer que el único poder está en la razón inspirada por Dios; es decir, que la cosa es imposible; la Iglesia continuará por la senda que la traza su tradición, y seguirá la lucha contra el espíritu moderno hasta que se decida la victoria entre el pasado y el porvenir. Para nosotros no es dudoso el resultado.

FIN DEL PONTIFICADO Y DEL IMPERIO

# LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD

PARTE SÉPTIMA

EL FEUDALISMO Y LA IGLESIA

POR DON TOMAS RODRIGUEZ PINILLA